

capitales de provincias del entorno.

Lo mismo ocurrió con las manifestaciones precinematográficas. Las primeras se producen en la década de 1860 y son permanentes hasta finales de siglo. Las ferias sí que tenían público y las linternas mágicas y cosmoramas, así como el resto de espectáculos, el éxito asegurado.

Lo que profesionales como J. Laurent, Josep Thomas y Casiano Alguacil pretendían hay que buscarlo en un fin comercial (vender vistas postales o disponer de un archivo monumental para editoriales); y los fotógrafos que establecieron sus galerías en León y Astorga, en el caso de Casimiro Alonso Ibáñez y Matías Rodríguez, en un interés científico (su afición a la arqueología y a la historia motivó el uso de la fotografía como herramienta para documentar sus hallazgos).

Para José María Cordeiro y Germán Gracia sí que se trataba de un medio de vida. Pero tan sólo estos dos fotógrafos se dedicaron exclusivamente a la fotografía profesionalmente. El éxito de su negocio dependía de la demanda que generase su oficio, algo directamente relacionado con el tamaño (población de la ciudad) y el desarrollo económico y comercial de la misma.

El nivel de desarrollo económico y cultural de León no propició que la sociedad del siglo XIX generara una demanda suficiente como para que se desarrollasen más estudios fotográficos estables. Hasta avanzada la década de 1860, los fotógrafos transeúntes que se desplazaban desde otros puntos de la geografía más próxima satisfacían el interés de los leoneses por la fotografía en las ferias y mercados, la máxima expresión durante décadas del intercambio comercial de la provincia.

La decisiva participación de los 6º y 7º ejércitos españoles en el triunfo aliado en las campañas de 1811 y 1812 durante la Guerra de la Independencia.

Arsenio GARCÍA FUERTES

Director: Dr. Francisco Carantoña Álvarez

Tesis doctoral defendida el 15 de enero de 2016

El noroeste peninsular fue uno de los campos de operaciones principales del primer año de la guerra de la Independencia (1808 – 1814). A partir de 1809, los poderosos

aliados británicos harán de Portugal y su capital Lisboa, la base logística de sus operaciones peninsulares, centrando su eje de avance en España, a partir de 1811, sobre Extremadura y Salamanca.

En el noroeste de España (Galicia, Asturias, León, y Zamora) las tropas españolas allí destacadas (sucesivamente renombradas como “Ejército de Galicia”, de la “Izquierda” y, finalmente, “6º Ejército”) se convertirían, a partir de 1810, en el imprescindible flanco norte del ejército aliado anglo lusitano de Arthur Wellesley hasta 1813.

El eje estratégico principal de este decisivo conflicto peninsular (en la historia de las guerras napoleónicas) se libró entre los valles del Tajo y del Duero y la frontera portuguesa. Esta zona era la puerta de entrada a Portugal desde España para el ejército imperial (y viceversa para el ejército aliado de Wellesley; el único capaz de lograr victorias decisivas de carácter estratégico que pudieran desequilibrar el dominio bonapartista sobre la Península). En el resto de frentes de guerra, a lo largo y ancho de España, el ejército español, (obligado a combatir, dividido y aislado, por líneas exteriores en siete pequeños cuerpos de ejército) realizó, a partir de 1810, una tenaz guerra de movimientos y desgaste con pequeñas operaciones (la única posible con los medios disponibles), que, sin embargo, lograría fijar a la mayor parte de *l'Armée de Espagne* (con efectivos, a lo largo del conflicto, entre los 250.000 y 300.000 hombres), en operaciones secundarias de control del territorio y comunicaciones, impidiendo la concentración de su vasta fuerza, la cual hubiera, sin duda, logrado batir a Wellesley, expulsando a los británicos de la Península y decidiendo, así, la guerra en ella a favor de la causa napoleónica.

Derrotado estratégicamente, entre 1808 y 1809, el ejército regular español (muy inferior al francés), junto con los nuevos contingentes armados de “guerrillas”, tuvieron que renunciar a una guerra clásica de movimientos ofensivos de la escuela prusiana (en la que habían sido educados los generales y mandos españoles). La alternativa fue la mencionada guerra defensiva, de erosión y desgaste constante contra las fuerzas imperiales, sobre todo en la periferia peninsular, pues los franceses dominaron enseguida, a partir de 1809, su centro geográfico (Madrid y las dos Castillas). Con ello los imperiales lograron, a partir de 1810, la gran ventaja estratégica de poder operar y combatir por líneas interiores, es decir, tener en rápida comunicación a todos sus cuerpos de ejército que podían ser apoyados y reforzados, ventajosamente, ante los intentos de ofensiva españoles y anglo lusitanos sobre cualquiera de los frentes de batalla periféricos. Algo que no podían hacer los españoles.

El esfuerzo militar español durante el conflicto se vio también condicionado por la conflictiva dialéctica entre el poder militar y el poder civil, supeditado el primero al segundo (representado por las Juntas, las Cortes y el Consejo de Regencia), que asumiría la dirección de la guerra (en sus inicios caótica y descentralizada) y el precario sostenimiento económico del gran esfuerzo militar desarrollado entre 1808 y 1814.

Dichos frentes de batalla de los siete ejércitos españoles se convertirían en “frentes secundarios” a nivel estratégico, pero imprescindibles a nivel operacional y táctico, pues de ellos dependía la inmovilización de la mayor parte de los contingentes imperiales, su desgaste, y con todo ello, la única posibilidad estratégica de que, a partir de 1811, y, sobre todo, de 1812 (en el contexto de la invasión napoleónica de Rusia, y el debilitamiento, que ello supuso, para la continuación del esfuerzo militar imperial en España), el ejército anglo lusitano de Wellesley, el único que a nivel operacional y táctico podía batir en una campaña de batallas clásicas decisivas estratégicas, a las fuerzas imperiales, pudiera pasar a la ofensiva.

Ofensiva aliada de Arthur Wellesley contra uno de los dos ejércitos imperiales que operaban en el occidente peninsular, *l'Armée Sud* del mariscal Soult que ocupaba la Andalucía occidental, o *l'Armée de Portugal*, al mando del mariscal Marmont, que se desplegaba entre la frontera portuguesa y el valle del Duero.

Para lograr este éxito estratégico, evitando que los otros cuatro ejércitos imperiales (Norte, Cataluña, Aragón y Centro) pudieran concentrarse en su socorro, era imprescindible el papel activo de los siete ejércitos y guerrillas españoles.

Este trabajo aborda y demuestra cómo entre 1811 y 1812 (este último, el año en que cambió el curso del conflicto), la aportación militar española fue imprescindible para que Arthur Wellesley desarrollara, con libertad y éxito, sus planes ofensivos estratégicos sobre el valle del Duero; planes y operaciones que llevarían a la gran victoria de los Arapiles (22 de julio de 1812), a la liberación de Madrid (el 12 de agosto) y a la ofensiva final, fallida, hasta Burgos (septiembre – octubre).

En esta decisiva aportación militar española, este trabajo de investigación se centra en el papel desempeñados por el 6º y 7º ejércitos al mando de los generales José María de Santocildes y Gabriel de Mendizábal. El primero amenazará, en el verano de 1812, la retaguardia de *l'Armée de Portugal* del mariscal Marmont (precipitando una ofensiva prematura sobre Wellesley, el cual pudo combatir, gracias a ello, en igualdad de condiciones en los Arapiles), mientras que el segundo (formado a partir de la amalgama de las fuerzas guerrilleras del norte de España situadas entre los vértices

que van de Irún a Santander, y de estos puntos a Burgos y Pamplona), amenazaría y disputaría, de manera constante y efectiva, el principal eje de comunicaciones imperiales entre Francia y Madrid, obligando a Napoleón a tener que destinar a su defensa a todo un ejército francés al completo, *l'Armée du Nord*.

El 7º ejército guerrillero español, además de atraer sobre sí, durante más de tres años, al doble de fuerzas francesas de sus propios efectivos, ayudaría también al éxito de los Arapiles imposibilitando el auxilio de *l'Armée du Nord* a *l'Armée de Portugal*. El 7º ejército, salvaría, además, de un desastre al ejército aliado de Wellesley cuando éste, tras su fracaso ante el castillo de Burgos, hubo de emprender una precipitada retirada invernal hacia Portugal en octubre de 1812.

Los imperiales perderían la guerra en la Península Ibérica (amén del contexto estratégico europeo que se vuelve contra Bonaparte a finales de 1812), porque fueron incapaces de concentrar su esfuerzo militar sobre el eje estratégico principal que eran los valles del Duero y del Tajo sobre la frontera portuguesa. Allí era donde, en verdad, se jugaba la victoria y la derrota en la guerra.

Esa imposibilidad imperial de concentración de fuerzas, favorable a los aliados, fue posible, sólo y gracias, al ejército regular y a las guerrillas españolas (por este orden), y en especial, merced a los 6º y 7º ejércitos españoles.

Por otra parte, contrariamente a la tesis historiográfica predominante que sostiene que España fue ninguneada en los sucesivos congresos aliados que llevarían a la reunión en Viena en 1815, y que afirma que se llegó a ellos como potencia vencedora y salió de ellas como potencia secundaria y vencida, hay que apuntar que España, o no estuvo presente, o llegó tarde a las conversaciones, y si lo hizo se presentaría en las sucesivas conferencias de paz sin posibilidad política, ni material, de hacer valer sus reivindicaciones.

En realidad España carecía ya de peso internacional como potencia en 1808 (en esa época se había convertido en un satélite aliado de Francia); las renuncias de Bayona y la entronización de José Bonaparte como rey de España se vieron en las cortes europeas con una mezcla de sorpresa, indiferencia y desprecio por la casa reinante Borbón sometida a semejante humillación. España ya no contaba entre las grandes potencias europeas en 1808, y el final de las guerras napoleónicas no supuso un cambio sustancial en dicha apreciación. España no salió derrotada en el Congreso de Viena, por la simple razón de que llegó a dicho encuentro sin aliados, y sin ninguna posibilidad real de hacer valer sus méritos contraídos entre 1808 y 1814.

El gobierno español (Consejo de Regencia y Cortes - ya reunidas en Madrid - y luego el propio Fernando VII y sus colaboradores) mostraron además una falta total de una línea diplomática clara. Las disensiones políticas internas españolas entre liberales y absolutistas (que desembocarían en el golpe de estado de Fernando VII del 4 de mayo de 1814), agravaron esa falta de consistencia y claridad en los objetivos de la política exterior hispana durante los cruciales meses de 1814 y 1815 que tantos cambios presenciaron en Europa durante los últimos estertores del imperio napoleónico.

Entre las causas reales podemos apuntar, por ejemplo, que en pocos meses, y debido a las tensiones políticas internas en España, la representación plenipotenciaria española ante los aliados cambió en tres ocasiones de mano con las consiguientes ausencias de un interlocutor válido y autorizado ante las cuatro grandes potencias, amén de una total improvisación: José García de León y Pizarro, Fernán Núñez y Pedro Gómez Labrador.

Por ello, la diplomacia española no estuvo presente en la reunión y firma del Protocolo de Langres del 29 de enero de 1814 en el que las cuatro grandes potencias aliadas formularon sus propuestas de paz a Bonaparte. Tampoco se tuvo en cuenta las reivindicaciones españolas en el Congreso de Châtillon abierto el 5 de febrero y al que España, ya hemos apuntado, no fue invitada formalmente por los cuatro grandes.

La ya conocida supeditación militar y exterior española respecto a Gran Bretaña y los intentos diplomáticos españoles de acercamiento, en la segunda mitad de 1814, a una Francia que volvía a estar en manos de los borbones, no ayudaron tampoco a mejorar la imagen y la influencia de España en las cortes de Europa.

El militar e historiador alemán, Bertold Schepeler, presente en la Península durante el conflicto, así lo manifestó en 1831 a la conclusión a su obra sobre la Guerra de la Independencia española cuando mencionó que:

“España se había desangrado en aquella empresa y Europa no le agradeció este sacrificio”.⁶⁰⁸

Por todo lo anteriormente expuesto, recalamos que la minusvaloración del peso militar de España en la victoria final aliada contra el imperialismo napoleónico, contribuyó decisivamente a su debilidad política en el contexto de la victoria aliada en

⁶⁰⁸ H. Juretscheke (1962). “El coronel von Schepeler. Carácter y valor informativo de su obra historiográfica sobre el reinado de Fernando VII”. *Revista de Estudios Políticos*, 126: pp. 229-249, p. 248.

1814 y 1815, a su postergación en los acuerdos de paz (culminados en el Congreso de Viena) y, en parte, e indirectamente, al inicio de su aislamiento de Europa durante el siglo XIX.

Por ello, esta obra ha pretendido recuperar para la historia, el esfuerzo decisivo militar español en el inicio de la derrota de la aventura napoleónica en Europa en 1812. Y en estos hechos, hay que dar a conocer y reseñar la actuación abnegada, constante y victoriosa de los 6º y 7º ejércitos españoles en el noroeste de la Península Ibérica entre 1810 y 1813.

Población, sociedad y familia en Tierra de Campos leonesa. La comarca de Sahagún en el s. XVIII.

Francisco Javier LAGARTOS PACHO

Director: Dr. Juan Manuel Bartolomé Bartolomé

Tesis Doctoral defendida el 21 de enero de 2016

Para el conocimiento de cualquier ámbito cultural humano del pasado es necesario analizar las estructuras de una sociedad, especialmente los parámetros demográficos y sociales, en nuestro caso, aquellos que tiene relación con la familia y su perpetuación en el tiempo. La familia, como la célula básica de una sociedad, comprende infinidad de ámbitos de estudio: herencia, relaciones de parentesco, consanguinidad, estrategias y alianzas matrimoniales, etc., que son necesarios entender para un buen conocimiento de la misma y de la sociedad en la que está inserta. El objetivo de esta investigación ha sido el de conocer, desde la perspectiva de la historia de la familia, cuales son las pautas demográficas y cómo se llevaba a cabo el entramado familiar para conseguir el objetivo final de toda sociedad que es la perpetuación del sistema.

La consecución de este objetivo se ha plasmado geográficamente en el sureste de la actual provincia de León, en concreto en la comarca de Sahagún, y en un espacio temporal que abarca, principalmente, el siglo XVIII. Es un territorio con características propias de las zonas geográficas de transición, es decir, presenta unas particularidades que le vienen dadas de la mezcla de los modelos limítrofes perfectamente definidos, en este caso, entre los territorios de las estribaciones de la montaña leonesa y la ribera del río Esla y las zonas llanas castellanas de lo que se conoce como Tierra de Campos vallisoletana y palentina. Con este estudio hemos desmontado una serie de estereotipos